

EL REALISMO IDEAL

Al entrar en el último año del milenio, destacan algunos lienzos que algunos de los que antes los habían tachado de tradicionalistas ahora asumen y comienzan a valorar, como si se hubiesen dado de que por no pintar de modo figurativo se ha de permanecer en el siglo XIX. Quizá sea llamativo que a las puertas del s. XXI, algunos pretendidos críticos y defensores a ultranza de las vanguardias comiencen a replantearse su propio discurso, porque pintar hoy con el lenguaje abstracto es seguir una tradición que ya tiene casi un siglo. Por otra parte, podría objetarse que sin tradición no hay nada, ni arte ni pintura. Tradición es pasado, y sin pasado no hay presente, porque este hunde sus raíces en aquél. De ahí que el antiguo lema *todo lo que no es tradición es plagio*, que con letras grandes esta labrado en la piedra de uno de los laterales de el Casón del Buen Retiro, hace que su testimonio, antes tomado como retrógrado, hoy pueda ser considerado con algo más de ecuanimidad; no en vano son letras clavadas en uno de los exteriores de lo que ahora es el Museo del Prado. No haberlo considerado ha hecho que en varias facultades de Bellas Artes no pocos jóvenes que se creían genios, creadores de nuevos lenguajes se hayan estrellado contra su propia ignorancia., al descubrir, tras años de trabajo luchando por ser originales, que tales pretensiones ya habían sido probadas por ciertos autores, que tales descubrimientos ya estaban descubiertos hace siglos, y que se hubieran ahorrado ese fracaso y mucho tiempo perdido por no mirar atrás antes de avanzar. Para saltar, a veces es preciso retroceder un poco y tomar carrerilla. Sin embargo, en esta exposición se comprueba una vez más cómo, dejado de lado el prejuicio de la novedad o la originalidad, autores que ya empiezan a ser notorios, como el joven gallego Modesto Trigo Trigo (1960), quien llegado desde las provincias ha logrado poco a poco conquistar la capital del país con una obra firme, construida con una perfección técnica que sin embargo busca, por decirlo así, lo que esta más allá de la técnica, el espíritu, es decir ese algo que no puede ser dicho, como dicen los cuadros que han marcado la historia de la pintura.

La Cibeles continúa y perfecciona una larga serie de óleos que descubren la belleza de la Gran Vía de Madrid, de Atocha, y de avenidas de las que muchos padecen su tráfico sin descubrirle la belleza.

Modesto Trigo Trigo logra una atmósfera que hace de él no tanto un hiperrealista, porque para intentar equivocar e imitar a la fotografía ya está ésta y se ahorra el esfuerzo logrando lo mismo, sino porque transmite la sensación del espacio con veladuras, se palpa el ambiente del tráfico, la contaminación resulta hermosa, como hermosos logran ser los calzones que aparecen tendidos sobre los canales en algunas imágenes de la Venecia del siglo XVIII pintadas por Canaletto. Sin embargo nada del ambiente ni del estilo de este pintor tiene Trigo, la sensación que trasmite es también distinta a la de Guardi. Los óleos de Canaletto cuando hace paisajes urbanos de Dresde y pinta los andamios de la *Kotholische Hofkirche* en restauración son sin embargo distintos a los de Venecia, o a los de Londres, porque cambia la luz, y el ambiente. Trigo logra dar el sutil sentir del paisaje pero, si bien puede disfrutarse su atmósfera como las atmósferas de Vermeer en los paisajes de Delft, la clave no está ahí tampoco. La luz cenital que ilumina las calles, el ambiente de ciudad moderna, el sonido de la fuente apagado por los motores se funde en un algo que va más allá de la pintura y que es lo que tantas veces han buscado los que hoy miramos como genios consagrados. La modernidad no está solo en el hecho de pintar automóviles, motos, semáforos, en lugar de carros de caballos, sino en la sensación que transmite, ese algo de inefable que le

hizo a Kant poner la estética en un terreno en el que los conceptos no sirven. Se ve y se siente. De la tradición se toman los hallazgos, los recursos y la técnica, y se combinan, se alteran o utilizan sin más pero con la mirada propia que el artista ha forjado en su interior, un mirar de difícil acceso para el que no ha madurado en su perfección de la belleza, pero que se hace accesible a todos a través de sus obras. No es necesario pintar feo o de modo inaccesible para que algo sea importante o grave. La belleza puede ser directa, pero los niveles de profundidad a los que está permitido llegar al contemplador dependen del interior de cada uno. No por mirar al pasado las esculturas de Thörwaldsen o Canova, o la Madeleine, o la sinfonía clásica de Prokofiev han dejado de producir sueños, quizá porque el soñar al que uno pueda acceder con estas obras está al margen del tiempo, o por encima de éste, sobrevolándolo como el verso bíblico en que el espíritu aletea sobre las aguas

*Dr. Iliá Galán, Profesor de Historia del Arte
En la Universidad Carlos III de Madrid.*